

La geografía de un estado de ánimo

Son tres movimientos y una novela. En el primer movimiento *Frente, perfil y llanura* estudia, en primera persona, los colores y los climas, las sensaciones de una oficina estatal en Buenos Aires, con la mirada no exactamente extranjera pero sí de alguien que está de paso y amontona experiencias y registra, o archiva, personajes e historias y que no se resigna a acostumbrarse; en el segundo, la misma voz, ahora moviéndose en tercera persona, estudia los colores y los climas de Noetinger, un pueblo de la pampa cordobesa cargado de historias familiares; es un relato en el que los días pasan iguales unos a otros y en los que el personaje se inventa nuevas costumbres, posiblemente, de nuevo, para no acostumbrarse a nada; también está la idea de archivo, de registro de sensaciones y personajes; y en el tercer movimiento, volviendo a la primera persona, la voz estudia la ciudad de Córdoba, algunas de sus calles, un pedazo de un barrio. Pareciera que estamos ante un tratado y tal vez sea así, pero si ajustamos un poco el análisis podríamos ponernos de acuerdo en que *Frente, perfil y llanura* trata de la geografía de un estado de ánimo, muy vital, que posibilita contemplar, narrar y recoger pequeños tesoros de una lengua familiar, novelística, que mientras construye escenas e imágenes precisas, plásticas, cuenta una historia; o varias. A menudo el ejercicio de novelar una historia, o la historia de una, implica trabajar con más de una historia, peripecias. Está la historia de una chica que trabaja en una oficina estatal del microcentro de Buenos Aires, o de Capital, o de CABA, como quieran llamarle, en la que, cito: “El paisaje nos hace olvidar que estamos en un teatro, que formamos parte de un área de gobierno llamada Cultura.”. Y acá son claves las nociones de representación, paisaje y cultura. Es para la cultura de una ciudad, o mejor, para la administración de lo que un estado quiere presentar como cultura, para la que trabaja la dueña de la voz que narra “Oficina”, el texto que inaugura el libro, que lo presenta: la trastienda administrativa de un teatro oficial, prestigioso, en la que el aura cambia de lugar y se posa en los personajes que trabajan en ella. Escritorios, handys, almuerzos, baños; descripciones de ropa y estilos de vestimenta, una empleada maquillándose, todo puede ser narrado o representado, todo puede ser material para un archivo encantador en manos de una voz seductora: el bosquejo de una historia. En ese texto y en el que le sigue, “Se conoce que sí”, en el que en un pueblo asolado por una sequía, el mismo personaje se deja estar en lo que es su pueblo natal, un verano tórrido y amenazante. Amenaza de tormenta, de quedarse a vivir ahí para siempre; amenaza de desenlaces, que los hay y varios. Y lo que en “Oficina” es bosquejo, en “Se conoce que sí” es relato que abriga un desenlace novelístico: finalmente en el tercer relato que compone la historia de Elena, que completa su “frente, perfil y llanura”, y lleva el título de “Fantasma”, el escenario, el teatro es Córdoba. La voz de Elena va a buscar a Córdoba, la ciudad, va a buscar amigos y maestros, a visitarlos, a revisarlos, a representárselos para hacerlos tolerables, para volverlos novela, ficción, invento. Ese “ir a buscar” es en sí mismo el viaje de una lengua que se reconoce a sí misma nombrando calles, nombres y barrios; describiendo casas y edificios, comparando, hablando de “un celeste que no pega con nada”, regodeándose en el comentario de una serie de televisión y teorizando sobre el dinero, el azar y el futuro. Sabemos que Leticia sabe ser artista plástica, videasta; no sé cómo se es esas cosas en la vida, pero creo saber que para ser poeta se necesita oído e imaginación, entre otras cosas. Y en tanto poeta, zas, novelista, como quería el maestro Osvaldo Lamborghini, porque tal vez la novela no es otra cosa que la peripecia de una lengua, y para eso el oído atento de Leticia a los modos de decir, dulces. La imaginación, se arriesga en *Frente, perfil y llanura*, puede ser una forma de la curiosidad; puede ser: una forma de una curiosidad refinada por la voluntad novelística, por la voluntad de representar contando conmovedoramente la historia de una vuelta, o de varias. Siempre es así, los narradores, o las narradoras como Leticia, echan a andar sus personajes, los cansan, los hacen robar autos y mascotas, los hacen llorar, los hacen dormir, los hacen soñar y los despiertan para que cuenten lo soñado y para que las voces que narran puedan, o ejerzan el poder de seguir narrando. Leamos esta primera novela de Leticia, que es hermosa, y confiemos en lo que su aliento promete: otras novelas. Muchas gracias.

Damián Ríos,

4 de julio de 2013